

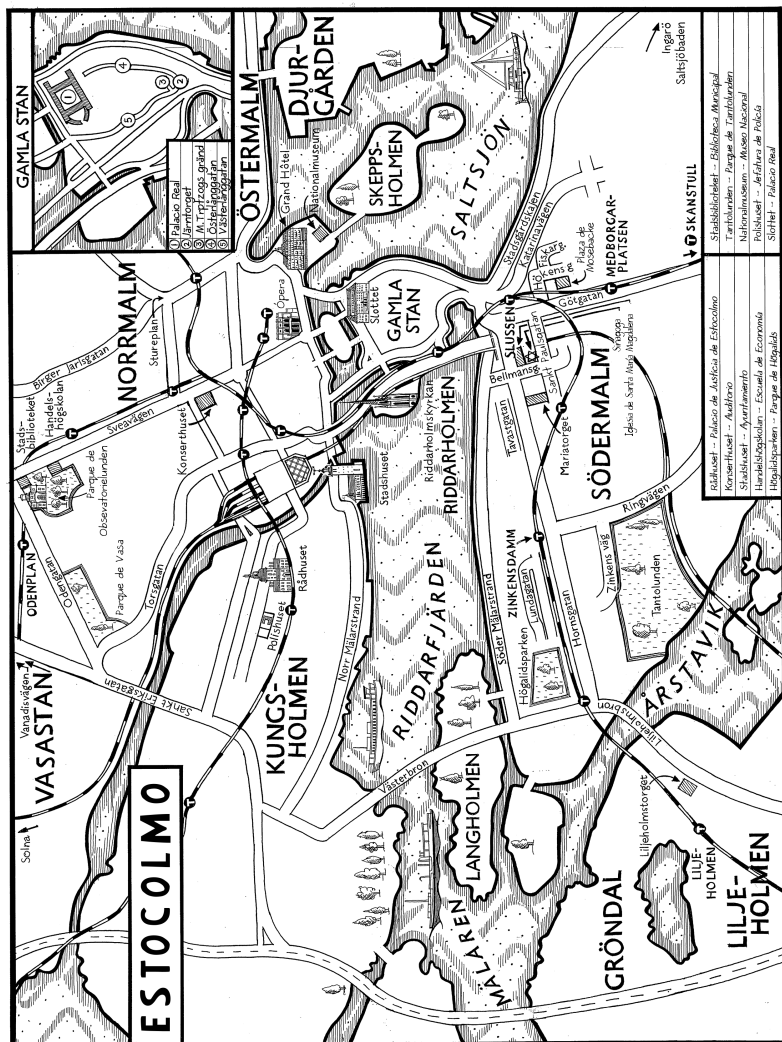
Lo que no te mata te hace más fuerte

MILLENNIUM⁴

David
Lagercrantz

Traducción de Martin Lexell
y Juan José Ortega Román

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1347



Rådhuset - Palacio de Justicia de Estocolmo	Stadsbiblioteket - Biblioteca Municipal
Konserthuset - Auditorio	Tartubunden - Parque de Tartubunden
Stadshuset - Ayuntamiento	Nationalmuseum - Museo Nacional
Humboldtsgatan - Escuela de Economía	Polishuset - Jefatura de Policía
Hörsalsplanen - Parque de Hörsalsplanen	Stortet - Palacio Real

Prólogo

Un año antes, casi al amanecer

Esta historia empieza con un sueño, un sueño no especialmente extraño, la verdad. En él hay una mano que golpea un colchón rítmica y constantemente en aquella vieja habitación de Lundagatan.

Aun así, el sueño hace que Lisbeth Salander se levante de la cama de madrugada. Y que luego se siente ante la computadora y empieza la caza.

PRIMERA PARTE

El ojo que vigila

Del 1 al 21 de noviembre

La Agencia Nacional de Seguridad, la NSA, es un organismo federal estadounidense subordinado al Ministerio de Defensa. Su cuartel general se encuentra en Fort Meade, Maryland, en la autopista de Patuxent.

Desde su fundación, en 1952, la NSA trabaja con la inteligencia de señales, y hoy en día, sobre todo con Internet y el tráfico telefónico. A lo largo de su historia esta agencia ha visto cómo sus competencias han sido ampliadas progresivamente, de modo que en la actualidad intercepta más de veinte mil millones de conversaciones y correos al día.

Capítulo I

Principios de noviembre

Frans Balder siempre se había considerado un pésimo padre.

A pesar de que August ya tenía ocho años, Frans apenas había intentado asumir su papel, y lo cierto es que tampoco ahora se sentía muy cómodo con su cometido. Pero era su deber, así lo veía él. El chico lo estaba pasando mal en la casa de su exmujer y de ese maldito novio suyo, Lasse Westman.

Por ese motivo, Frans Balder había dejado su trabajo en Silicon Valley y había regresado a su país. Justo ahora se hallaba en el aeropuerto de Arlanda, prácticamente en estado de *shock*, esperando un taxi en la calle. Hacía un tiempo infernal. La lluvia y las violentas ráfagas de viento de la tormenta le azotaban la cara mientras, por enésima vez, se preguntaba si habría tomado la decisión correcta.

Aunque se contaba entre los tipos más ególatras del mundo, se iba a convertir en padre a tiempo completo: una auténtica locura. Como si se le hubiera ocurrido trabajar en el zoo, ¿qué más le daba? Si no sabía nada de niños y, en realidad, tampoco mucho de la vida en general... Pero lo más raro de todo era que nadie se lo había pedido. Ni la madre del crío ni ninguna

de las abuelas le habían llamado para suplicarle que asumiera su responsabilidad.

La decisión era suya y sólo suya, de nadie más. Y ahora tenía previsto —desafiando una antigua sentencia de custodia, y sin ningún tipo de advertencia previa— presentarse sin más en casa de su exmujer y llevarse a su hijo. Seguro que se armaba una buena; lo más probable era que esa condenada bestia de Lasse Westman le diera una paliza. Pero así estaban las cosas, se dijo al meterse en el taxi de una taxista que masticaba chicle como una posesa mientras intentaba darle conversación. No lo habría conseguido ni en uno de sus mejores días: Frans Balder no era muy hablador.

Se limitó a permanecer callado en el asiento trasero pensando en su hijo y en todo lo que había pasado últimamente. August no era el único ni el principal motivo por el que había decidido dejar Solifon. Su vida se hallaba ahora en una encrucijada, y por un instante se preguntó si en realidad tendría arrestos para afrontarlo todo. Sentado en aquel coche, de camino al barrio de Vasastan, creyó que las fuerzas le abandonaban y tuvo que luchar por reprimir el impulso de mandarlo todo a la mierda. Ya no podía echarse atrás.

El taxi lo dejó en Torsgatan. Pagó, se bajó y dejó el equipaje en el portal tras sacarlo del maletero. Lo único que cogió al subir la escalera fue una maleta vacía decorada con un colorido mapamundi y comprada en el aeropuerto de San Francisco. Al llegar arriba se detuvo un momento jadeando ante la puerta con los ojos cerrados. Se imaginó violentas broncas y arrebatos de locura, y pensó que si así fuera, ¿quién podría reprocharles nada? Nadie aparece de buenas a primeras para sacar a un niño de su casa; ni siquiera un padre

cuyo compromiso hasta entonces se había limitado a ingresar dinero en una cuenta corriente. Sin embargo, ahora se trataba de una emergencia; o al menos así lo veía él. De modo que, por muchas ganas que tuviera de salir corriendo de allí, inspiró hondo y llamó al timbre.

Al principio no parecía que hubiera nadie en casa, pero de pronto la puerta se abrió bruscamente y Lasse Westman apareció ante él con sus intensos ojos azules, su imponente tórax y sus enormes manazas, que a Frans se le antojaron hechas para infligir daño y que habían sido las causantes de que le ofrecieran tantos papeles de malo en la gran pantalla, aunque ninguno tan malo —de eso estaba convencido Frans Balder— como el que interpretaba en la vida real.

—¡Hostias! —exclamó Lasse Westman—. ¡Menuda sorpresa! El gran genio en persona en nuestra casa.

—Vengo a buscar a August —le dijo Frans.

—¿Qué?

—Pienso llevármelo conmigo, Lasse.

—¿No lo dirás en serio...?

—Nunca lo he dicho más en serio —contestó al tiempo que su exmujer salía de una habitación situada a la izquierda. Y, aunque era cierto que no tenía la misma belleza que antaño —demasiado maltratada por la vida y tal vez demasiado tabaco y alcohol—, una inesperada ternura se apoderó de él al verla, especialmente al descubrirle un moratón en el cuello. Además, ella, a pesar de todo, pareció querer darle la bienvenida y decirle algo amable. Pero no le dio tiempo a abrir la boca.

—¿Y a qué viene este repentino interés? —quiso saber Lasse Westman.

—A que ya está bien. August necesita un hogar tranquilo.

—¿Y eso se lo vas a dar tú, profesor Tornasol? ¿Desde cuándo haces otra cosa distinta a clavar la mirada en una pantalla de computadora?

—He cambiado —dijo sintiéndose patético, y no sólo porque dudara de ello.

Tembló cuando Lasse Westman se le acercó con su inmenso cuerpo y una rabia contenida. De pronto, le quedó abrumadoramente claro que no podría oponer resistencia alguna si ese loco le atacaba y que todo aquello, de cabo a rabo, era una absoluta insensatez. Pero, por extraño que pudiera parecer, no le provocó ningún arrebató de cólera, no hubo ninguna escena; se encontró tan sólo con una adusta sonrisa a la que siguieron estas palabras:

—Eso es fantástico.

—¿Cómo?

—Que ya era hora. ¿Verdad, Hanna? Por fin un poco de responsabilidad por parte de don Ocupado. ¡Bravo, bravo! —continuó Lasse Westman mientras aplaudía algo teatralmente.

A toro pasado, Frans Balder se dio cuenta de que en realidad lo que más le había asustado en ese momento fue eso: la facilidad con la que permitieron que el niño se marchara. Sin apenas protestar —si acaso sólo de forma muy simbólica— le dejaron llevarse a su hijo. Tal vez porque veían a August sobre todo como una carga. Difícil de saber. Hanna, con las manos temblorosas y la mandíbula tensa, le lanzó unas miradas nada fáciles de interpretar. Pero a Frans le preocupaban las pocas preguntas que le hizo: debería haberlo sometido a un interrogatorio, haberle impuesto miles de exigencias y condiciones y haberle manifestado su

inquietud por los cambios que aquello supondría en la rutina del chico. No obstante, lo único que acertó a decir fue:

—¿Estás seguro? ¿Vas a poder?

—Estoy seguro —contestó. Acto seguido fueron a la habitación de August. Y por primera vez en más de un año, lo cual le daba mucha vergüenza, Frans pudo ver a su hijo.

¿Cómo podía haber abandonado a un chico así? Tan guapo y tan maravilloso, con ese abundante pelo rizado, su delgado cuerpo y aquellos ojos azules y serios que ahora se hallaban sumidos de lleno en el enorme puzle de un barco velero. Todo su ser parecía pedir a gritos que nadie le molestara. Frans avanzó despacio, como si se acercase a una criatura extraña e imprevisible.

Aun así, consiguió sacar al chico de su ensimismamiento, hacer que le cogiera la mano y que lo acompañase al pasillo. Nunca lo olvidaría. «¿Qué habrá pensado August? ¿Qué habrá creído?» El chico no lo miró, tampoco a su madre; y, naturalmente, ignoró todos aquellos gestos y palabras de despedida. Se metió con Frans en el ascensor y ambos desaparecieron. Sin más. Así de sencillo.

August era autista. Quizá también retrasado, aunque respecto a ese tema, curiosamente, nadie había emitido un diagnóstico definitivo. De hecho, al verlo de lejos, uno podía pensar que ése no era su caso: su exquisito y concentrado rostro irradiaba una nobleza digna de un rey o, al menos, un aura que manifestaba que no merecía la pena preocuparse por el mundo circundante. Pero al contemplarlo de cerca se podía apreciar que

su mirada estaba cubierta por un fino velo que lo separaba de la realidad; por si fuera poco, aún no había llegado a pronunciar su primera palabra.

Con eso contradijo todos los pronósticos que le habían hecho cuando contaba dos años de edad. En aquella época, los médicos concluyeron que lo más probable era que August perteneciera a esa minoría de niños autistas que no sufrían una disminución de su inteligencia, y que, si se le sometiera a una intensa terapia cognitiva, las perspectivas, a pesar de todo, serían bastante buenas. Pero nada fue como esperaban y, a decir verdad, Frans Balder no sabía qué había ocurrido con todas esas sesiones de terapia y apoyo, ni con la escolarización del chico. Frans había vivido en su propio universo; se marchó a Estados Unidos y acabó entrando en conflicto con todo el mundo.

Había sido un idiota. Pero ahora se había propuesto saldar su deuda y ocuparse de la educación de su hijo. Empezó fuerte: reclamó todos sus historiales, contactó con especialistas y pedagogos, y tardó muy poco en darse cuenta de que el dinero que había ido enviando nunca se puso a disposición del niño sino que debía de haberse destinado a otros fines; seguro que para pagar la disoluta vida de Lasse Westman y sus deudas de juego. Daba la sensación, más que nada, de que el chico había sido abandonado a su suerte —lo que habría propiciado que sus compulsivos hábitos empeoraran— y de que probablemente había vivido experiencias aún peores. Ésa era la razón por la que Frans Balder había regresado a casa.

Un psicólogo le había llamado preocupado por unos misteriosos moratones que el niño presentaba en el cuerpo, unos moratones que Frans también había visto. Los tenía por doquier: en los brazos, en las pier-

nas, en los hombros y en el pecho. Según Hanna, había sido el propio August el que se los había hecho en el transcurso de los ataques que le daban, durante los cuales se mecía convulsivamente de un lado para otro. Ya el segundo día, Frans pudo presenciar uno de esos ataques, lo que le dio un susto de muerte. Pero no vio la relación con los moratones.

Sospechó que allí había violencia, y por ello solicitó la ayuda de un médico y un expolicía a los que conocía. Aunque éstos no pudieron confirmar sus temores, Frans se fue indignando cada vez más y se puso a redactar toda una serie de escritos y denuncias. Casi dejó desatendido al chico. Y se dio cuenta de lo fácil que resultaba: August se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el suelo de su habitación, en aquel chalé de Saltsjöbaden con vistas al mar, entretenido con alguno de sus puzles, unos puzles de enorme dificultad compuestos por centenares de piezas que el chico ensamblaba con gran virtuosismo para, acto seguido, deshacerlos y empezar de nuevo.

Al principio, Frans se lo quedaba mirando fascinado; era como ver a un gran artista en acción. En algunas ocasiones le inundaba la ilusión de que en cualquier momento el chico alzara la vista y le hiciese algún comentario sensato, como si fuera un adulto. Pero August nunca pronunciaba ni una sola palabra. Y si levantaba la mirada del puzle era para dirigir los ojos hacia el ventanal y hacia el brillo del sol que se reflejaba en la superficie del agua. Así que Frans lo dejó sentado allí solo y tranquilo, en paz. Además, lo cierto era que no salía mucho con él, si acaso algún que otro rato al jardín.

Oficialmente aún no podía hacerse cargo del chico, y no quería poner nada en juego hasta que todas las

formalidades jurídicas estuvieran resueltas, por lo que dejó que su asistenta, Lottie Rask, se ocupara de la compra, así como de la cocina y la limpieza. A Frans Balder no se le daba muy bien esa parte de la cotidianidad. Dominaba las computadoras y los algoritmos, pero poco más, y cuantos más días pasaban más tiempo dedicaba a ellos y a atender la correspondencia de los abogados. Y por las noches dormía tan mal como cuando estaba en Estados Unidos.

A la vuelta de la esquina le esperaban todo tipo de querellas y tormentos, de modo que cada noche se tomaba una botella de vino, por lo general Amarone, algo que sólo ayudaba a mejorar su estado a corto plazo. Empezaba a sentirse cada vez peor y a soñar con esfumarse o largarse a algún lugar perdido, lejos de la civilización. Hasta que, de pronto, un sábado de noviembre ocurrió algo.

Era una noche ventosa y fría; August y él paseaban por Ringvägen, por el barrio de Söder, ateridos. Habían estado cenando en casa de Farah Sharif, en Zinkens väg. Hacía ya tiempo que August debería haberse acostado, pero la cena se alargó y Frans Balder se fue de la lengua más de la cuenta, una barbaridad. Farah Sharif poseía ese don: hacía que la gente abriera su corazón y se sincerara. Ella y Frans eran amigos desde que habían estudiado informática en el Imperial College de Londres. En la actualidad, Farah era una de las pocas personas del país que estaban a su altura; o, al menos, una de las poquísimas que más o menos podían seguir el hilo de su pensamiento. Para Frans, estar con alguien que le entendiera suponía un enorme alivio.

Además, se daba el caso de que ella le atraía, pero a pesar de que lo había intentado varias veces nunca ha-

bía conseguido seducirla. A Frans Balder no se le daba bien seducir a las mujeres. Esa noche, sin embargo, ella le dio un abrazo de despedida que casi se convirtió en un beso, lo que él interpretó como un avance. En eso estaba pensando cuando August y él pasaron por delante del campo de fútbol de Zinkensdamm.

Frans decidió que la próxima vez llamaría a una canguro y que entonces quizá... ¿Quién sabía? Mientras Frans dirigía la mirada hacia Hornsgatan, hacia el cruce donde pensaba parar un taxi o coger el metro hasta Slussen, oyó el cercano ladrido de un perro y, a su espalda, una voz de mujer que gritaba algo con un tono enfadado o alegre, imposible determinar de cuál de los dos se trataba. En el aire se respiraba un aroma de lluvia inminente. Cuando llegó al paso de peatones, el semáforo se puso en rojo y Frans descubrió al otro lado de la calle a un hombre de unos cuarenta años y de aspecto desaliñado que le resultaba vagamente familiar. Acto seguido, cogió a August de la mano. Quería asegurarse de que su hijo se iba a quedar quieto en la acera.

Y entonces se percató de algo raro: su mano estaba en tensión, el chico había reaccionado de forma muy intensa ante alguna cosa. Por si fuese poco, sus ojos tenían una mirada profunda y clara, como si ese velo que se la cubría se hubiese esfumado de repente, como por arte de magia y, en lugar de perderse en las sinuosidades de su propia mente, hubiera comprendido en ese instante algo más profundo y trascendental acerca de ese paso de peatones y de ese semáforo.

Por eso, cuando se puso verde, Frans se quedó quieto para dejar que su hijo contemplara la escena. Y sin saber muy bien por qué, le embargó una gran emoción, cosa que se le antojó rara, pues al fin y al cabo no

se trataba más que de una mirada, una mirada ni siquiera particularmente luminosa o alegre. Aun así, a Frans le provocó unos recuerdos lejanos y olvidados que llevaban años durmiendo en su memoria. Y, por primera vez en mucho tiempo, una cierta esperanza invadió sus pensamientos.